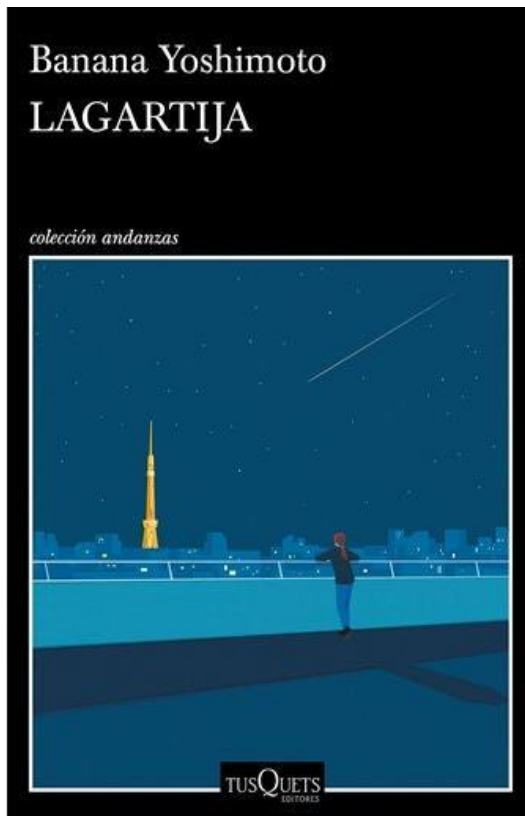


MÁS LIBROS BUENOS QUE LLEGAN DESDE JAPÓN (PARA QUEDARSE): DE BANANA YOSHIMOTO, HAIKUS Y LA ESTÉTICA DE UNA CIVILIZACIÓN

Fernando Cid Lucas
Asociación Española de Orientalistas (UAM)
fernandocidlucas@gmail.com

El tiempo que paso leyendo lo que me llega al buzón para luego reseñarlo y el que paso leyendo por puro disfrute, por propia elección, se ha vuelto, desde hace ya mucho, el mismo tiempo. Lo digo porque, por ejemplo, *Lagartija*¹, de la escritora

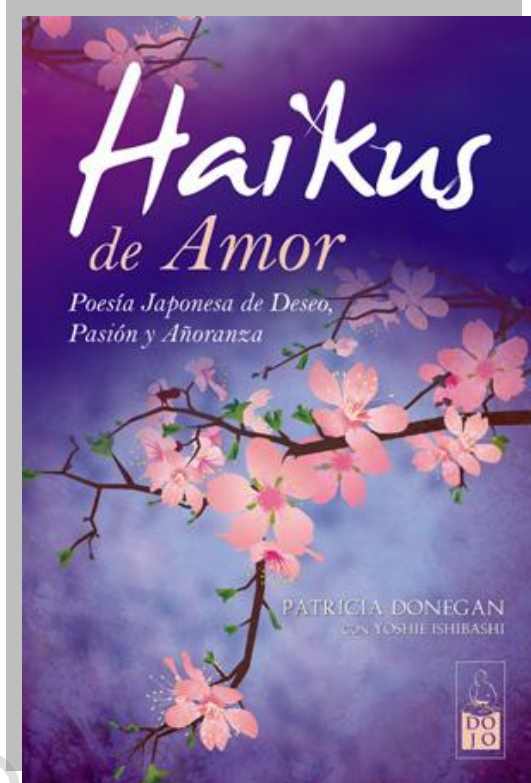


Banana Yoshimoto (Tokio, 1964), aun llegando desde su editorial en España, es un buen regalo, un regalo que quien me conoce me habría hecho sin yo tener que buscar luego el ticket regalo o sin obligarme a esbozar una sonrisa forzada por el presente. *Lagartija* es un libro agradable de llevar bajo el brazo a cualquier sitio, sabiendo que nunca molesta allí, que en cualquier sitio queda bien y que es bueno para pararse a leer en cualquier momento. Desde la ilustración de su portada se define lo que el lector va a encontrar en su interior: una chica, sola, de espaldas a nosotros, mira las luces de la gran Tokio en la noche, mientras cae una débil estrella

fugaz sobre ella.

¹ Barcelona, Tusquets, 2017 (158 pp.).

Los sentimientos de los personajes de Yoshimoto son los de seres que suelen sentirse solos en ese hormiguero de más de 37 millones de personas que tiene el área urbana de la capital nipona. Junto con Murakami (Kioto, 1949), que ya es indiscutible en cualquier canon (oriental u occidental), y yo me atrevería a sumar a esta pequeña lista a la gran narradora Yoko Ogawa (Okayama, 1962), se erigirían como los autores que Occidente debe leer para iniciarse en la idiosincrasia del Japón de hoy. Esto contiene *Lagartija*, un conjunto de seis relatos que destilan la melancolía del país asiático; una melancolía que resulta incluso bella; narrando sobre Tokio, que no se detiene, que es una ciudad capaz de todo, que casi se figura como un personaje más para Yoshimoto, y en donde todo cabe, incluso “palabras que hablaran de soledad²”.



Yoshimoto tiene -ya lo ha demostrado en otros libros, además de en este- la capacidad de hilvanar sus relatos con los pequeños detalles cotidianos (viajes en metro, el tacto de una almohada, zapatillas de deporte, olores que recuerdan viejas vivencias...). Así, casi sin querer, se hacen los relatos de Banana Yoshimoto. Porque Yoshimoto es en *Lagartija* la escritora de lo sutil, la más delicada y silenciosa; con ese equipaje de mano ha cargado este libro que yo creo que no es un libro, sino una bonita caja de letras que contiene ambientes pequeños.

Yo recomiendo leer *Lagartija* al anochecer, cómodo ya en la cama o acurrucado en un bienquisto sillón, con el amparo de una manta y un buen té a mano; así se lee el relato titulado “Recién casados”, con Atsuko dentro de él, con “sus pasitos cortos frente a la estación³”, tránsitos en el metro, ya de noche, con pocas personas y con música para alguien solo, tal vez descargada en su iPhone para soñar a solas.

Yo recomiendo leer a Yoshimoto siempre, y más desde que tengo *Lagartija* conmigo, cerca desde el pasado septiembre, también ahora, cuando escribo estas

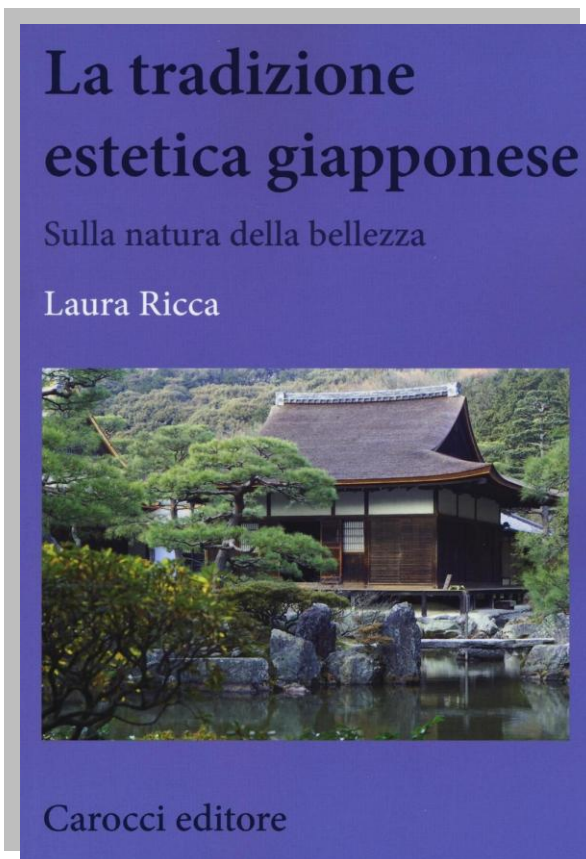
² YOSHIMOTO, Banana, *Lagartija*, Barcelona, Tusquets, 2017, p. 17.

³ YOSHIMOTO, Banana, *Op.Cit.*, p. 21.

líneas. Los textos que conforman este volumen (que, además, cuenta con el pequeño regalo *kawaii* de un posfacio a la edición española (pp. 157-158)) nos ayudan a descubrir Japón, es cierto; y también -estoy seguro de ello- al hombre del siglo XXI (sea japonés o no, aventuro a escribir). Otro de los cuentos, "Soñando con *kimchi*", creo que debería ser un relato obligatorio en los clubes de lectura, en las materias sobre sociología o literatura japonesa en las universidades o en las salas de espera de la Seguridad Social, donde tendría que reinar la buena literatura como parte de los programas nacionales para la mantener la salud del ciudadano. Yoshimoto despliega, una vez más, todo el poder de su estética minimalista, se nos

habla de infelicidad, pero también de las consecuencias de elegir a alguien y, por causa de esto, de dejar de elegir a los demás.

Confieso que cuando recibí *Haikus de amor. Poesía japonesa de deseo, pasión y añoranza*⁴, me pareció un título demasiado osado, muy poco japonés... para leer luego, en el interior del libro, sentimientos más velados, disimulados, incluso. Que no piense el lector que va a encontrar declaraciones de amor o el desgarrar de los *Sonetos del amor oscuro* de García Lorca, ya que para estos asuntos los japoneses son menos vehementes que nosotros. Pero no está de más puntualizar un tanto; mientras que los clásicos son más recatados, como vemos en el haiku



del maestro Buson (1716-1784):

*Este almohadón
para quién será...*

*Crepúsculo de primavera.*⁵

⁴ Madrid, Dojo Ediciones, 2012 (187 pp.).

⁵ DONEGAN, Patricia & ISHIBASHI, Yoshie (ed. y trad.), *Haikus de amor. Poesía Japonesa de Deseo, pasión y añoranza (traducción al español de Alejandro Pareja)*, Madrid, Dojo Ediciones, 2012, p. 73.

por su parte, autores más cercanos a nosotros, como Ippekiro Nakatsuka (1887-1946), quien se revolvió contra el lenguaje del haiku anterior a él, que lo hizo más extenso y lo difundió hacia ámbitos nunca arados, se muestra bastante más carnal. Como muestra, un botón recogido en el costurero que es el libro que aquí reseño:

*El césped ardiente;
y una mujer
de pechos hermosos.*⁶

En mi opinión, no tiene por qué ser un poema de amor, ni siquiera un canto a la pasión, y, simplemente, recoge, sin ningún tipo de artificio, una imagen, la de unos bonitos pechos de mujer, eso sí, pero una imagen, que eso quiere ser el buen haiku.

Y, es cierto, nos llega al español desde la traducción inglesa que Patricia Donegal, junto a Yoshie Ishibaki, hicieron de los haikus en japonés, pero, aún en esas, es un libro que el amante de esta estrofa podrá aprovechar bien. También la palabra de Dios nos han llegado, por boca de su hijo, desde lo que éste dijo en arameo, que se recogió luego en griego para luego ser pasada al latín y glosada a los oídos “todoquisquiense” en castellano; y no discutimos que, tras ese trasiego de siglos y de lenguas, algunos buenos granos de la cosecha nos hayan llegado a nosotros tras la criba. A algunos les molestará y buscará un purismo que debieran aplicar a todas sus acciones vitales, y no sólo a la lectura; yo, personalmente, me quedo con los nuevos autores que nos presentan Donegal e Ishibashi (de los que ni siquiera habíamos oído hablar en los libros publicados en español hasta ahora y de quienes los editores nos dan una breve nota biográfica al final del libro de cada uno de ellos), una introducción clara y bien expuesta que hace que uno se pare a pensar sobre ese sentimiento raro que, en palabras del maestro Franco Battiato: “(ci) prende, piano piano, per la mano”, y que es, incluso, cuantificable: “¿Cuánto me quieres?” “Lo que dure la lectura de este libro” “Lo que dure la interpretación de cada uno de sus versos”. El lector puede elegir, aún tenemos libertad.

Aunque el amor también pueda ser un motivo estético, no se recoge como tal en el cabal libro de Laura Ricca (investigadora en la Università di Bologna), *La tradizione estetica giapponese. Sulla natura della bellezza*⁷. Otro libro bien enfocado salido de la editorial romana Carocci, a quien hay que aplaudir su buen hacer en el ámbito de los estudios de las culturas de Oriente. Yo ya he recomendado varias monografías suyas a quienes andan metidos en investigaciones sobre manga y

⁶ DONEGAN, Patricia & ISHIBASHI, Yoshie (ed. y trad.), *Op. Cit.*, p. 69.

⁷ Roma, Carocci editore, 2015 (189 pp.).

anime -y creo que no erraba-, y ahora escribo pensando en quienes estudien temas artísticos, pues -hasta donde yo conozco- no hay otro manual más completo que el de Ricca. Así, el lector que ame Japón tiene aquí un buen motivo para aprender la lengua de Dante. El libro de Ricca está lleno de datos necesarios, nos da las respuestas a las preguntas que nos suscita el arte en Japón, cuya estética es un puente directo hacia la preceptiva literaria⁸; nos ayuda a “saber ver” la belleza del arte japonés, y ese saber ver (tan presente en la literatura nipona, que se componen de kanjis, que no son sino imágenes que hay que saber ver, además de leer) es el que sale de las manos del hombre y el que surge en buena parte del arte japonés de manera espontánea, como regalo de la sagrada naturaleza, algo que, por otra parte, nos aclara en gran medida la idiosincrasia de la fe vernácula del Japón, el Shintoísmo.

Encontraré aquí el lector los motivos que inspiraron a poetas, pintores y dramaturgos. En este volumen se apuesta porque la estética está por encima de los géneros, unificándolos, incluso; y una frase de Ricca no dejan de resonar en mí desde que la leí en su libro: “Coltivare il sé, dedicarsi all’esercizio delle virtù e praticare i riti tramandati dagli antichi⁹”; esto es el alma de la estética nipona, esto y lo que bien se explica en el capítulo titulado “La relazione uomo-natura” (pp.69-83), en el que queda patente la visión del japonés sobre la creación, en la que está sin privilegios y siempre observante, como dan fe de ello los haikus, los *sumi-e* o los jardines de grava, que son una imagen en miniatura de lo que nos circunda y nos define.

⁸ Véase, por ejemplo, lo recogido en la primera parte del libro de: SASAKI, Kennichi (ed.), *Asian Aesthetics*, Kyoto, Kyoto University Press, 2002.

⁹ RICCA, Laura, *La tradizione estetica giapponese. Sulla natura della bellezza*, Roma, Carocci editore, 2015, p. 19.